

Reflexiones sobre la desnutrición en México

En reciente reunión de trabajo, efectuada en la residencia presidencial de Los Pinos, se manifestó honda preocupación por el estado actual de la agricultura y la alimentación en el país.¹ Los participantes coincidieron en señalar que la estructura de la tenencia de la tierra, las políticas de crédito, la investigación agropecuaria y la organización de la producción favorecen cada vez más a la agricultura comercial y al neolatifundismo. Demostraron, asimismo, que pese a los aparentes resultados positivos que se obtienen en los predios mayores de 5 ha., éstos concentran una cantidad de recursos, en términos de riego, maquinaria, insumos y semillas, muy superior a su aporte a la producción. Paralelamente, sólo dan ocupación a 20% de la fuerza de trabajo del sector y —cuando cambian su orientación a cultivos muy comerciales— generan desocupación masiva.

Uno de los participantes afirmó que “la industria de los forrajes, que tiene gran poder adquisitivo y mayor organización, absorbe más alimentos que los 20 millones de campesinos marginales juntos”. La proteína contenida en los alimentos para el ganado es más y de mejor calidad que la de la dieta de los campesinos. En 1976 se utilizó en la producción de forrajes más soya —producida e importada— que los frijoles y demás leguminosas consumidos por el pueblo. Así, el México moderno le quita el pan al México tradicional, concluyó.²

Las soluciones propuestas en la reunión, aunque generales y abstractas, permiten concluir, sin embargo, que es menester un cambio en la política agropecuaria y de producción de alimentos del país. “Muy diversas experiencias de los últimos años —dijo otro de los participantes— ponen de manifiesto que en amplias áreas de la economía campesina es enteramente viable desatar, con pocos recursos, procesos de desarrollo que dan a corto plazo avances modestos pero consistentes en producción y productividad”.³ Otro más señaló que “es preferible, para el progreso y la paz de la nación, que millones de campesinos pobres incrementen su nivel de vida de 20 a 30 por ciento, a que se duplique o triplique el valor de las cosechas para la exportación en unos cuantos miles de predios altamente mecanizados o capitalizados. En todo caso, dichas posibilidades no se contraponen, pero no debemos continuar en la senda de un solo camino, con exclusión del otro”.⁴

Al dar por concluida la reunión, el presidente López Portillo expresó satisfacción por que se hubiera “levantado ese espejo crítico” y dijo que ahora correspondía al Gobierno dar las respuestas. Es “responsabilidad del administrador —agregó— servir con eficiencia, proporcionar, ministrar, encontrar el instrumento”. Por último afirmó: “Es saludable que la conciencia crítica de un país se mantenga viva y libre, por encima, incluso, de las responsabilidades.”

1. El propósito de la reunión fue presentar al Presidente de la República el libro *Alimentación básica y desarrollo agroindustrial* que recoge algunos resultados del Seminario sobre Organización Campesina y Desarrollo Agroindustrial, celebrado en Oaxtepec, Morelos, en febrero de 1975.

2. Véase Adolfo Chávez, “Las limitaciones dietéticas frenan el desarrollo físico y mental del niño”, en *Uno más Uno*, México, 22 de febrero de 1978.

3. Véase Iván Restrepo, “Asociar la iniciativa estatal a la del campesino para lograr eficiencia”, en *Uno más Uno*, México, 22 de febrero de 1978.

4. Véase Rodolfo Stavenhagen, “Aumentar el producto agropecuario sólo aumentará disparidades”, en *Uno más Uno*, México, 22 de febrero de 1978.

La importancia del acontecimiento y de los asuntos abordados en él suscitó los más variados comentarios en los medios de comunicación. Empero, no siempre se informó con la amplitud necesaria para lograr una cabal comprensión y en ocasiones incluso se deformó lo sucedido. Todo ello ha conducido, acaso, a oscurecer ante la opinión pública un tema de tanta importancia para la vida nacional.

En editoriales, notas informativas, documentos y artículos, *Comercio Exterior* ha recogido, a lo largo de los años, juicios, opiniones y preocupaciones relacionados con la agricultura y la alimentación.⁵ En esta oportunidad, dados los antecedentes señalados, tiene particular relevancia procurar el esclarecimiento de tan grave problema, cuya solución no admite demoras. Por ello, en seguida se presentan algunas reflexiones que quizá contribuyan al logro de ese objetivo.

Nuestro país no es el único que afronta un reto de esta magnitud. Millones de personas en Asia, Africa y América Latina padecen hambre crónica o son azotados cada cierto tiempo por el flagelo de la hambruna. Enormes multitudes en busca de un poco de pan, arroz o casabe, en el Sahel, el sur de Asia, Etiopía, Bangladesh o la India, aparecen en forma recurrente y borran las ilusiones que surgieron cuando la cosecha de un año fue inesperadamente buena, ya que nunca llega a ser excelente.

La crisis alimentaria tiene dos aspectos. El primero es la amenaza de hambre que provoca la escasez de alimentos o el alza de sus precios. El segundo es la permanente subalimentación, con raciones inferiores a los requerimientos mínimos diarios. Frente a ello, la sociedad de consumo y desperdicio que priva en gran parte del mundo ha desquiciado el orden de prioridades que parecería natural. Así, transformar cereales y oleaginosas en productos pecuarios permite que en las naciones ricas haya un consumo excesivo de alimentos proteínicos, mientras que en las más pobres ni siquiera se satisfacen los mínimos calóricos.

El panorama puede llegar a ser aún más grave. El incesante crecimiento de la población mundial; la más frecuente aparición de sequías, heladas y lluvias que rebasan los niveles conocidos o tolerables; la eventual desaparición de especies marinas, como la anchoveta; la irreversible destrucción ecológica creciente; los enfrentamientos bélicos sin causa racional visible, tornan optimistas los pronósticos más conservadores. Por otro lado, no se puede esperar una disminución de la demanda de alimentos. La población mundial crece con rapidez y, "por muy eficaces que lleguen a ser las medidas. . . para frenar [ese crecimiento] y estabilizar la población, no van a modificar el hecho de que la cosecha. . . de 1985 [habrá de alimentar] a 1 000 millones más. Realmente, los niños que nazcan en este decenio serán los más vulnerables a los riesgos crecientes de la mala nutrición."⁶

Lo anterior, dicho en 1974, conserva aún su trágica validez. Poco se ha hecho para modificar la tendencia ominosa. Persisten las malas cosechas y la errática fluctuación de los precios de las exportaciones de los países subdesarrollados; el desorden financiero crece de modo incontenible, por acción y omisión de las grandes potencias, en detrimento, sobre todo, de los países pobres. Además, varias potencias limitan sus propias producciones agrícolas por consideraciones egoístas.

5. Véase, a título de ejemplo, los siguientes editoriales: "El contexto de la crisis alimentaria", "Reflexiones sobre la política de desarrollo agrícola" y "La política alimentaria: ¿instrumento de dominio o de progreso?", en *Comercio Exterior*, vols. 24, 25 y 27, núms. 11, 2 y 4, México, noviembre de 1974, febrero de 1975 y abril de 1977, pp. 1106-1108, 119-121 y 399-405, respectivamente. También pueden consultarse los núms. 5, vol. 25, de mayo de 1975 y 12, vol. 27, de diciembre de 1977, que incluyen diversos materiales relativos al sector agropecuario.

6. Véase la "Declaración del Foro de Roma sobre los problemas de la alimentación mundial", en *Comercio Exterior*, vol. 24, núm. 12, México, diciembre de 1974, pp. 1241-1244.

En ese marco mundial, el desarrollo de la economía mexicana ha encontrado muchos obstáculos en el presente decenio. El agotamiento del modelo del desarrollo estabilizador, la inflación internacional y sus repercusiones en el país, la necesidad de acudir en escala creciente al endeudamiento interno y externo, como medio para aumentar el gasto público e intentar así la solución de ingentes problemas sociales, no son sino algunas de las manifestaciones más evidentes de una crisis que empezó a formarse en los cincuenta, creció en los sesenta y se hizo patente, con toda su fuerza, en 1976.

Un elemento de particular importancia en la gestación de la crisis es el comportamiento del sector agropecuario y su corolario inmediato en la mala nutrición de los mexicanos.

Como se expresó en estas páginas, "La agricultura capitalista floreció al amparo de amplias disponibilidades de crédito, capital, riego, obras de infraestructura y apoyo político. Esta orientación significó, al mismo tiempo, el 'descuido' sistemático del ejido y las comunidades indígenas, formas de organización económica y social que en sus modalidades colectivas fueron de hecho combatidas bajo el supuesto de ser 'ajenas a nuestra idiosincrasia'." ⁷ Este conjunto de hechos dio origen a una drástica disminución del ritmo de crecimiento del producto interno bruto (PIB) de la agricultura. Si de 1939 a 1965 hubo un crecimiento promedio anual de 5%, muy superior al de la población (3%), en el período 1964-1970 el crecimiento se redujo a 2% y en el de 1970 a 1976 registró una tasa negativa de 0.9%. Empero, en los dos últimos lapsos la ganadería creció a tasas de 5.4 y 3 por ciento, respectivamente. Según estimaciones del Banco de México, el PIB agrícola creció cerca de 4% en 1977, aunque "se observó, asimismo, un cambio en la composición de cultivos hacia aquéllos que tienen un alto valor comercial, como es el caso del algodón, las hortalizas, la soya y el cártamo". ⁸

La tendencia al fortalecimiento de la agricultura comercial se confirma al analizar el comportamiento de la industria alimentaria. En efecto, el grupo que transforma los cereales ⁹ creció a una tasa de 5.2% de 1964 a 1970, mientras que el que elabora productos proteínicos ¹⁰ y el de otros productos alimenticios (las empresas de conservas, sobre todo, en las que hay amplia participación de capital extranjero) lo hicieron en 7.5 y 5.9 por ciento, respectivamente. En cambio, en el período 1970-1976, el primer grupo creció sólo 1.6% anual y los otros dos 4.2 y 4.9 por ciento, respectivamente. En otras palabras, el incremento de la elaboración de cereales fue inferior a la mitad del aumento demográfico.

Por otra parte, desde 1965 se observa un deterioro constante en las disponibilidades de nutrimentos del país. En dicho año hubo 2 667 calorías por habitante al día, mientras que en 1976 se llegó a sólo 2 510, casi la misma cifra de 1960. El nivel más alto de disponibilidades de proteínas se alcanzó en 1970 (80 gramos por habitante al día); en 1976 ese indicador estuvo por debajo del registrado en 1965 (véase el cuadro 1).

La disminución de los nutrimentos es un resultado directo de las decisiones de política agropecuaria adoptadas desde los años cincuenta. Combinadas con la alta tasa de crecimiento demográfico, esas políticas determinaron el descenso de las disponibilidades de productos agrícolas, aunque cabe anotar que los de origen animal, ricos en proteínas, mantuvieron su misma importancia. Como se ha dicho en otra parte, parece ser que "las actividades agropecuarias tienden actualmente a cumplir dos funciones fundamentales:

7. Véase "Reflexiones sobre la política de desarrollo agrícola", en *Comercio Exterior*, vol. 25, núm. 2, México, febrero de 1975, pp. 119-121.

8. Banco de México, S.A., *Informe anual 1977*, México, febrero de 1978, p. 59.

9. Molienda de trigo y de nixtamal, manufactura de panadería y pastelería, fabricación de tortillas.

10. Matanza de ganado y de aves, preparación y conservación de carnes, fabricación y tratamiento de productos lácteos.

alimentar muy bien a la ganadería, para elevar los rendimientos de carne y leche, y alimentar sustanciosamente a la población media y rica de las zonas metropolitanas, a la vez que indirectamente se deja al sector de bajos ingresos marginado de esos vitales satisfactores”.¹¹

CUADRO 1

Disponibilidades de nutrimentos por día y por persona, 1940-1976

Concepto	1940	1945	1950	1955	1960	1965	1970	1973	1976
Calorías	1 991	2 058	2 166	2 277	2 507	2 667	2 623	2 552	2 510
Proteínas totales (gramos)	54.3	55.3	59.0	62.6	71.9	76.5	80.0	77.1	75.0
Proteínas animales (gramos)	17.1	16.2	15.0	16.1	20.5	25.0	24.9	25.6	—

Fuentes: 1940-1965: Juan Ramírez Hernández y Adolfo Chávez, “La disponibilidad de alimentos en México en el último cuarto de siglo”, en *Comercio Exterior*, vol. 18, núm. 12, México, diciembre de 1968, pp. 1077-1082; 1970 y 1973: Juan Ramírez Hernández y Adolfo Chávez, “Problemática y perspectivas de las disponibilidades de alimentos en México”, en *Comercio Exterior*, vol. 25, núm. 5, México, mayo de 1975, pp. 559-571; 1976: Adolfo Chávez, *op. cit.*, *Uno más Uno*, México, 22 de febrero de 1978.

Esa inequitativa distribución de los alimentos puede comprobarse al examinar su disponibilidad en el Distrito Federal y el resto del país en 1969. En efecto, con sólo 15.4% de la población total de ese año, la participación del Distrito Federal en la disponibilidad de alimentos de origen animal fue la siguiente: leche, 30.9%; huevo, 39.5%; carne de res, 26.0%; carne de cerdo, 22.3%, y pescados y mariscos, 41.9%. Mientras la disponibilidad de leche en el Distrito Federal fue de 469 gramos por persona al día, el resto del país contó apenas con 191.2 gramos.¹² No hay razones que permitan suponer que esta situación ha cambiado desde entonces.

Además del reparto desigual desde el punto de vista del campo y la metrópoli, existen graves diferencias en el consumo de alimentos entre los diversos grupos sociales. La población rural y la de las ciudades pequeñas, así como los grupos marginados de las grandes, son los peor alimentados. Estimaciones recientes señalan que 40% de los mexicanos tiene una deficiente alimentación que, la mayoría de las veces, ni siquiera satisface las necesidades calóricas.¹³

Dentro del conjunto de los desnutridos, las mujeres y los niños son los más castigados. Así, por ejemplo, en las zonas rurales sólo 22% de los menores de cuatro años tiene peso y estatura normales. “Nuestros niños pasan un promedio de 50 a 60 días enfermos todos los años, en contraste con 10 o 15 días de las sociedades más evolucionadas.”¹⁴

Es obvio que la desnutrición, consecuencia de un orden social injusto, trasciende el

11. Véase Juan Ramírez Hernández, Leonor Ayluardo, Gamaliel Becerra y Adolfo Chávez, “Problemática y perspectivas de las disponibilidades de alimentos en México”, en *Comercio Exterior*, vol. 25, núm. 5, México, mayo de 1975, pp. 559-571.

12. Véase Juan Ramírez Hernández y Adolfo Chávez, “La concentración de alimentos en el Distrito Federal”, en *Comercio Exterior*, vol. 21, núm. 1, México, enero de 1971, pp. 42-46.

13. Secretaría de la Presidencia y Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, *Lineamientos para el desarrollo de un plan nacional de alimentación y nutrición*, México, 1976, p. 15.

14. *Ibid.*, p. 17.

ámbito de la salud individual y se inscribe como uno de los principales problemas —si no el principal— de México. Los desnutridos viven e interactúan con otros desnutridos; su desnutrición es resultado de la que padecieron las generaciones anteriores, persiste durante toda la vida y se trasmite a los descendientes.

Evidentemente no hay una respuesta que abarque la totalidad de tan complejo panorama. Los grupos marginados están de un modo u otro inmersos en una sociedad que pretende incorporarlos a su sistema propio y, si no puede hacerlo, busca eliminarlos. El país, por su parte, no es autárquico ni autosuficiente. Muy numerosos condicionamientos externos e internos lo atan y le impiden remontar el vuelo deseado. Empero, en ambos casos es posible encontrar otras soluciones. En cuanto a los marginados rurales se ha propuesto la realización de acciones campesinas e indigenistas que partan de los propios grupos y se basen en el respeto irrestricto a sus características culturales y sociales. En el segundo caso, el del país, pese a condicionamientos, presiones e injerencias, el fortalecimiento del Estado, como representante de la sociedad en su conjunto, permitiría avanzar más aceleradamente por el camino del desarrollo.

La respuesta a la cuestión nutricional está necesariamente inserta en las definiciones sobre el rumbo del país y sobre el tipo de sociedad a que se aspire. También depende de la consideración que el México moderno dé al tradicional, tradicionalmente explotado, burlado, cercado. La reunión celebrada en Los Pinos y la respuesta presidencial a las denuncias, permiten esperar que se intensifique la búsqueda de soluciones concretas, con visión social y de largo plazo, que sienten las bases de un desarrollo sostenido en el campo. Por lo pronto, las graves condiciones alimentarias de numerosos grupos de mexicanos exigen acciones inmediatas que reduzcan la desnutrición. □

América Latina: una marcha larga y difícil

Duras son las realidades de América Latina, pese al progreso económico reciente. El examen de tales realidades se ha abordado muchas veces en estas páginas. De igual modo, en ellas se ha llevado registro de los acontecimientos de signo positivo: las posibilidades de cambio y los hechos que contribuyen a mejorar las condiciones generales de vida de los latinoamericanos o a fortalecer la economía regional.

La evolución, durante 1977, del conjunto de las economías de la región, tal como la evaluó a fines de dicho año el Secretario Ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), puede considerarse sin duda como una serie significativa de esos acontecimientos positivos. En su balance preliminar del comportamiento económico latinoamericano, el funcionario mencionado destacó cuatro grupos de hechos importantes:

- Elevación sensible del ritmo de crecimiento económico regional.
- Disminución notable de las presiones inflacionarias de conjunto.
- Evolución favorable del sector externo.
- Algunos avances en el campo de la cooperación y la integración.

Según la estimación preliminar de la CEPAL, el producto interno bruto de América Latina creció a una tasa anual de 5.2% en 1977. Ese ritmo es superior al de los dos años inmediatos anteriores (4.4% en 1976 y 3.2% en 1975), aunque inferior al promedio anual del quinquenio 1970-1974 (algo más de 7%). No obstante, el avance se logró en el marco de una economía mundial caracterizada por una disminución del crecimiento, sobre todo en los países industrializados. En efecto, el producto interno conjunto de los miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) se elevó "a una tasa media anual de aproximadamente 5.5%... en los ocho a diez años que se extendieron hasta 1974 inclusive... Disminuyó levemente en 1974 y 1975, reflejando la gran intensidad de la última recesión mundial... [y] aumentó algo más de 5% en 1976". En cambio, la expansión conjunta de los miembros de la OCDE se estimó en sólo 4% durante 1977. Igualmente, hubo un descenso apreciable de la producción industrial de esos países en el último año, respecto al anterior (de casi 9% en 1976 bajó a 5.5%).¹

Así, a juicio del Secretario Ejecutivo de la CEPAL, el resultado general del crecimiento logrado por América Latina en 1977 es indicio de que las economías de la región tienen "mayor capacidad de defensa... frente a coyunturas internacionales difíciles, lo que contrasta fuertemente con otras experiencias del pasado". Además, "el hecho de que el repunte de la tasa de crecimiento haya estado acompañado, por segundo año consecutivo, de una disminución del déficit en cuenta corriente (la baja fue de casi 25%, de 10 145 millones de dólares en 1976 a 7 633 millones el año pasado), "sugiere, como contrapartida, que en 1977 y 1976 la creación y movilización de ahorros internos en los países de la región mostraron un comportamiento francamente positivo".²

El incremento global de los precios al consumidor ha tenido en América Latina la siguiente evolución en este decenio: 1970-1972, 14.7%; 1973, 36.5%; 1974, 41.2%; 1975, 60.1%; 1976, 63.5% y 1977, 44.9% (estimado sobre la base de información parcial).³ Se aprecia, pues, una desaceleración del índice promedio que resulta muy alentadora y que también refleja "una mayor capacidad de defensa y de manejo de políticas internas ante coyunturas internacionales particularmente inestables como las actuales", según indica la CEPAL. Sin embargo, en éste como en casi todos los casos de indicadores globales, es preciso tener en cuenta que tras la cifra general se esconde una gran diversidad de situaciones particulares. Así, por ejemplo, hay la comparación extrema: Argentina (169.6% de aumento hasta agosto de 1977 en relación con igual mes del año anterior) y Costa Rica (3.7% en el mismo período). Hay, también, la enorme variación de los promedios de ciertos grupos de países en 1977: Argentina, Chile y Uruguay, 133.8%; Brasil, Colombia, México y Perú, 36.7%, y otros 15 países, entre los que se incluye a Barbados, Guyana, Jamaica y Trinidad y Tabago, 11.3%. Por último, debe notarse que, aunque disminuyó el indicador inflacionario promedio de la región, en la gran mayoría de los países recrudesció el alza de precios, obedeciendo, entre otras causas, a la aceleración de la inflación importada. En

1. Véase "Balance preliminar de la economía latinoamericana en 1977: recuperación con altibajos", en *Notas sobre la Economía y el Desarrollo de América Latina*, núm. 262, Servicios de Información de la CEPAL, Santiago de Chile, diciembre de 1977.

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*, cuadro 6, según datos provenientes de *International Financial Statistics* y oficiales de los países latinoamericanos.

efecto, conforme el estudio de la CEPAL, los precios de las importaciones latinoamericanas tuvieron en conjunto un encarecimiento de 10% en 1977 frente a uno de 5% en 1976.

Además de la disminución del déficit regional en cuenta corriente, ya mencionado, se registraron en el sector externo de América Latina los siguientes hechos favorables:

- La balanza comercial tuvo un saldo superavitario de 943 millones de dólares (en 1976 el déficit fue de 3 532 millones).

- La corriente neta de entrada de capitales foráneos tuvo un ligero aumento (89 millones de dólares, 0.65%) y se situó en un poco más de 13 700 millones.

- Así, en la balanza de pagos de la región se generó un superávit —antes de compensaciones— de 6 070 millones de dólares (75% de aumento respecto a 1976) y las reservas internacionales brutas tuvieron un incremento estimado de 2 000 millones de dólares.⁴

Empero, como bien señala el Secretario Ejecutivo de la CEPAL, las políticas coyunturales aplicadas por los países latinoamericanos para ajustar sus economías a la crítica situación mundial y para preservarlas en lo posible de catastróficos efectos, han obligado a muchos gobiernos a adoptar cursos de acción que tienen enormes costos sociales:

“Los países se han visto obligados a adoptar políticas tendientes a equilibrar el balance de pagos a expensas del ritmo de actividad interna, mermando en muchos casos la disponibilidad interna de bienes, o afectando el ritmo de ocupación. En otros casos la convivencia con procesos inflacionarios, activos de suyo, lesiona el poder adquisitivo y el empleo de los grupos más postergados. Por último, las políticas de estabilización de precios se han basado en general en un riguroso control de las remuneraciones que ha repercutido sobre el salario real en muchos países de la región.”⁵

Y, desde luego, no hay que olvidar que las medidas de coyuntura y sus drásticos efectos ocurren en condiciones estructurales de una muy desequilibrada distribución del ingreso, de creciente concentración de la riqueza, de marginación social —y a menudo política— en aumento, de miseria muy extendida y aun de hambre persistente que llega a veces a los límites de la inanición.⁶ Tampoco es posible ignorar que buena parte de los males socioeconómicos que padece la América Latina es atribuible a las modalidades conforme a las cuales la región participa en una economía mundial caracterizada por la prevalencia de relaciones inequitativas y por vínculos de dominio-dependencia entre el centro y la periferia. Pero es todavía menos factible desconocer que acaso los factores causales más importantes están en el seno mismo de la mayoría de las sociedades latinoamericanas, escindidas, inigualitarias y repetidoras, en lo interno, de las relaciones de hegemonía de unos sobre otros que privan en el orden internacional.

De nuevo desde el ángulo de los progresos regionales, cabe hacer referencia a los logrados en materia de cooperación y de integración. Se percibe, de un tiempo a esta parte, una tendencia definida —no exenta de dificultades, por supuesto— en favor de formas y sistemas integradores que permitan superar los obstáculos que casi paralizaron por completo a los primeros esquemas multilaterales, sin quitarles viabilidad a éstos, sino más bien

4. *Ibid.*, cuadro 2, conforme a informaciones del Fondo Monetario Internacional correspondientes a 1976 y estimaciones preliminares de la CEPAL sobre la base de datos oficiales de los países, en el caso de 1977.

5. Véase, en la sección de Documentos de este número, “La evolución económica y social de América Latina durante 1977: logros y preocupaciones”, primera parte del “Balance preliminar de la economía latinoamericana...”, de la CEPAL.

6. Véase los editoriales “Reflexiones sobre la situación de América Latina”, “Nuestra América” y “América Latina: crecimiento económico y desigualdad social”, en *Comercio Exterior*, vols. 25, 26 y 27, núms. 7, 5 y 6, México, julio de 1975, mayo de 1976 y junio de 1977, pp. 715-717, 522-523 y 627-631, respectivamente.

complementándolos y apoyándolos con vistas a una recuperación futura. Igualmente, se han desarrollado modalidades de cooperación en muchos terrenos (económico, financiero, de explotación conjunta de recursos naturales, técnico y científico, etc.) y se ha avanzado en la presentación y defensa de posiciones comunes en los foros internacionales y frente a los países industrializados. El recuento, aunque sin ánimo exhaustivo, no puede terminar sin traer a colación las asociaciones de productores —a veces socavadas por algunos de sus miembros— en las que participan los países de la región a fin de lograr condiciones mejores para sus productos primarios, así como la constitución de empresas multinacionales latinoamericanas.⁷

Sin duda de mayor trascendencia, sobre todo a mediano y largo plazos, es el avance de las ideas y no sólo en materia de integración.⁸ Con referencia a este último tema, cabe decir desde luego que el concepto mismo ha evolucionado, ampliándose y matizándose, abriendo con ello la puerta para que el campo de aplicación se haga más vasto, con posibilidad de formas más ricas y flexibles, y para que tome parte mayor número de países. Señalado ejemplo de ello es la participación, en el bloque de América Latina, de las naciones del Caribe de origen distinto al iberoamericano, que está llevando ya a la necesidad de revisar la concepción de lo que es la América nuestra. Más significativa todavía es la presencia de un pensamiento específicamente latinoamericano que, aunque carente de pleno vigor, quizá en gestación apenas en algunos casos, representa la posibilidad de encontrar soluciones *ad hoc*, que no ignoren ni contraríen las realidades concretas del ámbito regional, con toda su diversidad y su profusión de vetas que aprovechar, como lo hacen las más de las veces los modelos trasplantados. Así se acataría el postulado de Martí: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas.”

Ese pensamiento latinoamericano, con apoyo en las vitales raíces de los precursores y visionarios de Nuestra América, avanza hacia el logro de una comprensión indispensable: hay que integrarse para la autodeterminación, para ejercer cabalmente la soberanía y para enfrentarse a los peligros comunes, buscando la realización colectiva de más altos destinos con pleno respeto de la diversidad en la unidad, del pluralismo en la comunidad de intereses y propósitos.

Para que eso se logre, para que la difícil y larga marcha de los latinoamericanos sea una “marcha unida”, es preciso convertir en realidad, transformando en acción las ideas, el pensamiento del Libertador Simón Bolívar:

“Hemos expulsado a nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas; mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social que debe formar de este mundo *una nación de Repúblicas*.”

Y es claro, por fin, que el pacto social bolivariano supone, en las condiciones apremiantes de este último cuarto del siglo XX, que se satisfagan las necesidades básicas de los latinoamericanos, que los pueblos tengan participación real en todos los dominios de la vida de sus países y que se creen las condiciones para preservar y desarrollar sus culturas nacionales. Así, la *nación de Repúblicas* no será un fin en sí mismo, sino un medio —quizá el único posible en el largo plazo— para lograr que América Latina supere sus carencias seculares.□

7. Un tratamiento más desarrollado de estos temas se encuentra, por ejemplo, en los editoriales siguientes: “La naviera del Caribe y el nuevo espíritu de la integración” (mayo de 1975), “La constitución del SELA” (octubre de 1975), “Primeros pasos del SELA” (enero de 1976), “Estancamiento y renovación del proceso integrador latinoamericano” (abril de 1976) y “Un año de logros modestos en la integración latinoamericana” (enero de 1978), todos en *Comercio Exterior*, vols. 25, 26 y 28, México, pp. 489-492, 1073-1075, 7-8, 390-394 y 7-10, respectivamente.

8. Véase, a este respecto, “Evolución de las ideas sobre la integración latinoamericana”, editorial de *Comercio Exterior*, vol. 27, núm. 1, México, enero de 1977, pp. 9-14.